

peor para quien se empeñe en leerla; y si nos complica en ella, y nos lleva y nos trae, y nos engaña, y nos mima, y nos hace crecer, pues está muy bien, para eso se escribe. ■ MIGUEL BAYON.

## El último de la República

Tiene razón S. L. Utchenko: Cicerón es uno de los eternos "compañeros de viaje" de la Humanidad, y su biografía es uno de los raros espejos que la antigua Roma nos ha dejado para estudiar a fondo ese tenebroso período que va desde el derrumbe de la República al surgimiento del Imperio, o dicho de otro modo: el tránsito de la democracia elitista y reducida de la polis al régimen totalitario y nivelador legal del Imperio. La ciudad se había hecho dueña del mundo conocido, pero el mundo no se podía gobernar desde la inestabilidad del foro. Era necesario el paso a un Estado universalista, y el precio que pagar suponía la extensión de los derechos ciudadanos y la pérdida de la supremacía del Senado, lo que en ningún caso significaba acceder a un sistema democrático tal y como lo entendemos ahora. Sin tener en cuenta que la ciudadanía estaba basada en la esclavitud de la mayoría trabajadora, cualquier enfoque de la historia de Roma es pura fábula.

La formación del "Imperium romanum" es uno de los fenómenos más asombrosos de la Historia Universal (no hay apenas ejemplos de una voluntad de poder tan prolongada y coherente), y viene explicado con mucha concisión y claridad por el historiador ruso Utchenko en el prólogo de "Cicerón y su tiempo" (1). A partir de ahí, el autor entra en el análisis del deterioro del aparato republicano, que no supone tan sólo una crisis de las formas republicanas, sino de una forma de democracia de la clase senatorial, cuyo afán por conservarlo todo da origen a las guerras civiles y a la entrega del poder en bandeja a los pies de César. Algo que luego se ha visto muchas veces repetido, con muchas modalidades y variantes, en todas las épocas. ¿Quién ha dicho que la

Historia no enseña? Otra cosa es que se quiera aprender.

Las luchas sociales son la historia de Roma, y Cicerón, como representante de una clase privilegiada (los "caballeros", o burguesía tradicional, por llevarlo a nuestros términos), supo mucho de ellas. Además de soberbio orador, fue brillante escritor y filósofo y mediocre político. De su vida lo sabemos casi todo, y ello le ha perjudicado, porque ha hecho imposible tejer en torno suyo

la leyenda, y se nos aparece de cuerpo entero, con sus luces y sombras, sus cobardías y sus vanidades, su hipocresía y sus arrebatos de sinceridad. Cicerón, a fuer de conocido, es demasiado vulnerable. Su actividad política y su vida privada son expresión de las contradicciones que envolvían a las clases dirigentes romanas. Obligado a mentir, adular y falsear hechos en pro de las circunstancias, fue marioneta del ventarrón histórico que barró su

época, y en el que se movieron figuras de la talla de César, Pompeyo y Augusto. Pese a esto, Cicerón en política lo fue casi todo: cónsul, procónsul y hasta "imperator", pero le faltó la astucia y la visión suficientes como para darse cuenta de que su mundo, ese mundo reducido, senatorial y respetuoso de las "antiguas costumbres", asentado sobre la pirámide esclavista, necesitaba abrirse para no perecer. ■ FERNANDO MARTINEZ LAINEZ.

## ADIOS A LAS LETRAS

### Supernada



Camilo J. Cela.

Salgo de ver "Superman", la película, y me encuentro en los escaparates iluminados de Madrid, la ciudad española en la que paso estas vacaciones pagadas, que han cerrado "Papeles de Son Armadans", la revista literaria de Camilo José Cela, con quien a veces comparto vacaciones, cobradas, en el Sur de Francia.

Me sentí, al salir de "Superman" y ver la funesta noticia, como el muchacho de casaca de cuero que regresaba ufano de contemplar el film, ponía en marcha su motocicleta y ésta no arrancaba.

¡Tantos milagros que pudo hacer Superman y no hizo el de mantener con calor el motor de la motocicleta! ¡Tantos milagros como produjo y no pudo mantener con vida los "Papeles de Son Armadans"!

Camilo José Cela desplaza su humanidad generosa, y a veces incordia, por una historia larga y fecunda. Durante veintitrés años, este escritor, que no es Superman porque no es asmático ni americano ni ario, mantuvo la tradición de aquella revista. Al año veintitrés —una buena fecha para conmemorar un nacimiento— cerró "Papeles de Son Armadans".

Camilo José Cela no es Superman, pero so todo no es Pío Cabanillas, aunque comparte con éste la manía fraguiana de ser gallego. De nada le sirve serlo, porque de su congénere galatco no ha conseguido ningún parablén notorio en los últi-

mos meses. Debe ser que don Pío se enteró de que el caballero de La Bonanova, C. J. C., no tenía intención de votar por UCD. Cela vota por CJC, que es el partido de los Caballeros Jocundos Cojundados, pero no por ese disparate tremendo que recibe el nombre de Unión de Centro Democrático, cuando en realidad es una desunión de personas a las que centra el poder y mantienen éste aunque haya que mostrarse dictatorial, como cuando Franco, pero con pegatinas y sondeos.

Debió enterarse Pío Cabanillas de la infidelidad del infiel Cela porque una buena mañana ordenó a sus huestes que suspendieran la suscripción a "Papeles de Son Armadans". Total, habrán dicho, ¿admiten ahí publicidad política o artículos sobre el último libro antisocialista de Pilar Cambra? ¿Ganaremos votantes teniendo contento a Cela? ¿Nos traerá su colmena colmada de votos para nuestras urnas verdirrojas? No, no los traerá. Pues se acabó la suscripción.

Claro, el Ministerio de Cultura, centro y cuna de esta leve crítica aleva, necesita el dinero de tamaño desembolso para subvencionar la —llamada— revista Cuaderno de Cultura que edita el Departamento de Cabanillas a través de su brazo derecho, el canario universal Jaime de Urzais.

Se acabó "Papeles de Son Armadans". No ha sido el Ministerio de Cultura el que la ha enterrado, por supuesto, porque para enterrar a los muertos sólidos, formidos, enraizados, hacen falta muchos más brazos. Pero uno exagera porque siempre es agradecido arremeter contra esos mastodontes sin ojos que son los departamentos ministeriales.

En cualquier caso, mientras Superman anda buscando desgracias, catástrofes, ojos bellos, bragas rosadas —"el rosa me fascina", decía Superman mientras yo me acordaba de "Papeles..."—, inútilmente, a la salida del cine—; mientras Superman se entretiene con milagros de poca monta, desaparecía en Mallorca, como del rayo, aquello con lo que tanto queríamos. Lloremos "Papeles..." con la misma desesperación con que lloraba el fracaso de su motocicleta el muchacho que acababa de identificarse, sin éxito, con Superman, el asmático de Krypton. ■ SILVESTRE CODAC.

(1) "Cicerón y su tiempo", S. L. Utchenko. Editorial Akal. Colección Manifiesto. Madrid, 1978.